

EL FUTURO DEL TRABAJO Y LA POLITICA SINDICAL

Hinrich Oetjen

1. Hacer una exposición de las tendencias globales que puedan considerarse válidas a nivel internacional me parece imposible en esta materia. Son demasiado diferentes las circunstancias de los distintos países, tanto las de los países que están a punto de surgir, las de los del Tercer Mundo, las de Europa Occidental, como las de otros países desarrollados y las de los Estados del Este de Europa.

2. Respecto de los países industriales desarrollados y de todos aquellos que siguen su ejemplo podríamos seguramente hacer las siguientes consideraciones:

a) Crecimiento económico y ecología incurrir en una contradicción cada vez mayor.

b) La capacidad social de trabajo necesaria para la producción de una cada vez mayor cantidad de bienes será cada vez menor. Esto significa que puede producirse una mayor afluencia de bienes mediante la continua aplicación de cada vez mayor diversidad y calidad junto con un gasto a su vez menor de mano de obra.

c) De ahí que los caminos tecnológicos y los procedimientos de organización del trabajo que persiguen por separado los distintos países y sociedades sean muy diferentes.

d) Las técnicas modernas permiten diferentes opciones de configuración. Con ello se les presenta a los sindicatos la oportunidad, si lo consiguen, de contribuir a este proceso de configuración. Las

consecuencias de los radicales cambios tecnológicos para los trabajadores dependerán en gran parte de la medida en la que los sindicatos se aseguren la participación en la configuración de estos cambios y de la medida en la que estén dispuestos a asumir la responsabilidad de esta configuración.

e) La modernización de los distintos países del primer mundo tiene lugar de diferentes maneras. Los actores son cada vez unos. Pero en algo se asemejan estos procesos: afectan a los costes de las condiciones de desarrollo de otros países.

Me limitaré, pues, al desarrollo del trabajo en los países desarrollados industrializados y al papel que los sindicatos podrían jugar en ellos.

3. Cuando consideramos el desarrollo capitalista de una manera general, éste nos conduce a unos procesos de trabajo que generalmente se han descrito con el concepto de taylorismo. Un ejemplo típico de este modelo de desarrollo lo encontramos en la película «Tiempos modernos», de Charles Chaplin, donde el individuo se ve atrapado por las máquinas. Refleja, por una parte, la cultura industrial de las masas y, por otra, la vaciedad práctica del trabajo mecánico parcial en áreas de la producción de productos estandarizados a gran escala. El movimiento socialista criticó y ensalzó a la vez este desarrollo. Organizó el nuevo tipo de trabajador industrial de masas en los grandes complejos industriales y se esforzó por mejorar las condiciones del trabajo y de las ren-

tas. Al mismo tiempo trató siempre de impulsar otro sistema de trabajo en el cual, como Marx había pronosticado antes, el hombre pudiera ser por la mañana pescador, al mediodía cazador, etc., es decir, ser libre en la configuración de su trabajo y de su vida. Esto es lo que motivó un romántico rechazo, procedente de la tradición artesana, hacia lo moderno, considerándolo como un desarrollo desarraigado y deshumanizador que, muy próximo al rechazo conservador de lo moderno, se mantuvo muy oculto. Es decir, la prosperidad se ha buscado en la salida de una economía orientada por la necesidad junto con una total división del trabajo. Pero en la praxis socialista, por ejemplo en la Unión Soviética después de la Revolución de octubre, el desarrollo industrial se organizó siguiendo el modelo capitalista, sólo que de una forma estatal y gigantesca con una taylorística división del trabajo. Aquí se consideró como progreso lo que en otros lugares se juzgaba como una alienación. La crítica socialista iba dirigida esencialmente a la cuestión. Este capítulo de la historia ya se ha cerrado. No obtuvo el éxito deseado de lograr una economía más eficaz ni mejor, ni unas formas más libres de trabajo ni de vida, sino que precisamente se caracterizó por lo contrario, por una total supresión de la existencia privada y de las libertades individuales, por un lado, y, por otro, por una deficiente economía y variados daños ecológicos.

4. En los países capitalistas los resultados consistieron en unas transformaciones no menos ricas.

Se redujeron los horarios de trabajo a causa de una creciente productividad. Las rentas aumentaron, si bien sólo cíclicamente en el marco de las coyunturas. Con ello aumentaron también las posibilidades de consumo. Todo lo cual no restó influencia a la conciencia de amplias capas de trabajadores que vieron en la forma capitalista de trabajo y economía la ocasión perfecta para mejorar sus condiciones de vida.

Frente a la argumentación que destaca el creciente bienestar conseguido se alzan una y otra vez las voces que le reprochan no sólo la catástrofe ecológica, sino también las dos guerras mundiales. Pero afirmar que éstas sean consecuencia del sistema económico podemos ponerlo en duda hoy que estamos viviendo guerras surgidas en sistemas socialmente muy distintos. Deberíamos, en mi opinión, revisar la máxima que dice: «El capitalismo conduce al fascismo y a la guerra», que es, como todos los dichos populares, una verdad a medias y por eso mismo peor que una mentira.

Con su interpretación simplista e histórico-determinista ha desorientado más que aclarado.

5. En los años sesenta, con la automatización de la producción, el capital encontró el camino para un mayor aumento de la producción. La fábrica-sin-hombres era ahora el fantasma del miedo contra el que se agitaba la Izquierda, manteniendo de nuevo una relación discrepante con la modernización. Por un lado había defendido el sistema taylorista y fordista porque constantemente mejoraba las condiciones de vida, pero, por otro, lo condenaba por su tendencia a la automatización. En el fondo siempre había defendido la fase de desarrollo tendente a desaparecer frente a la nueva que se estaba abriendo paso. Constantemente seguía conservándose como trasfondo la idea romántica del otro trabajo, del trabajo integral cuyas fatigas y largas jornadas laborales se habían transfigurando e incluso desaparecido por completo.

6. También adoptó de nuevo una actitud defensiva frente a la denominada tercera revolución que surgió a mediados de los años setenta. Sólo se lamentaban las consecuencias negativas de la automatización de base microelectrónica, de los sistemas de red y de la diversificada producción a gran escala, así como el paro masivo que se produjo con estos cambios tecnológicos. Fueron ignorados e incluso combatidos los elementos positivos como la nueva configuración del trabajo, la amplia multiplicidad de productos, la gran productividad y junto con todo esto la oportunidad de disminuir las jornadas laborales. La percepción de las Izquierdas y la del trabajador se desarrollaron enfrentadas. Los políticos de izquierdas y los sindicatos intentaron explicar a los trabajadores que la técnica era un medio que servía para hacerlos innecesarios, para descalificarlos, etc. Los trabajadores acogieron positivamente las nuevas alternativas de configuración del trabajo mientras conservaran el sueldo y el pan. De hecho, el capital introducía las nuevas técnicas también para mejorar el control del trabajador y aumentar su rendimiento y su objetivo era eliminar de la producción el factor humano, que se consideraba poco fiable y susceptible de error. A esta concepción del uso de la técnica se la denominó tecnocéntrica y demuestra que en determinadas condiciones es más importante para el capital la seguridad del poder y la jerarquía que el posible aumento de la productividad. De todos modos nunca podría el capital actuar de otra forma debido a la enorme competitividad mundial.

7. Los estudios sociológicos realizados en el ámbito de la Administración de las industrias mo-

dernas (automóvil, químicas), en el de sus aplicaciones técnicas y en el de sus concepciones acerca de la futura organización del trabajo obligaron a los sindicatos a cambiar su modelo. Dichos estudios han demostrado que los empresarios modernos compaginan la aplicación de las nuevas tecnologías con la competencia del trabajador especializado, ya que únicamente esto parece asegurar un crecimiento de la productividad.

Muchos directivos no tratan ya de conseguir una fábrica completamente automatizada, sino que prefieren una concepción técnica antropocéntrica. Lo cual implica que ya sólo con la aceptación de las nuevas técnicas los hombres son incluidos en la configuración por la técnica, no excluyendo su experiencia ni su competencia, sino utilizándolas.

Estas estrategias empresariales constituyeron el punto de partida para una política de configuración y sindical orientada a la participación al nivel de la empresa y crearon el presupuesto previo para debilitar las jerarquías rígidas. En la actualidad, los sindicatos tienen como principal foco de interés los espacios de configuración de la técnica en lugar de las consecuencias negativas de la racionalización. Los grupos de trabajo, el trabajo de calidad, la colaboración en el diseño del proceso de trabajo, pasando por la corresponsabilidad de los productos y de su diseño y sobre todo una activa política industrial son hoy y en un futuro próximo las claves esenciales de estas estrategias. Organizar un «buen trabajo», desde la forma hasta los objetivos, éste es el hilo conductor. Esto es lo que pretenden la flexibilidad de las jornadas laborales (más autonomía del tiempo para los trabajadores), las jornadas reducidas, un trabajo interesante, una formación superior, pausas remuneradas para asesoramiento, etc.

La nueva concepción de la política de este nuevo trabajador especializado es la que se caracteriza por una formación completa, flexible, ágil y sobre todo por la competencia en su especialidad. En qué medida un proceso tal como el que yo acabo de esbozar aquí puede generalizarse para toda

la economía, en esto difieren las opiniones. Actualmente, a mi entender, se observa una gran desigualdad cronológica en el grado de desarrollo. Mientras algunas industrias emplean estas modernas estrategias, otros sectores tratan de implantar un taylorismo modernizado.

8. André Gorz plantea la objeción de que en la moderna industria de bienes a gran escala la supresión completa de la alienación del trabajo es imposible, pues existen necesidades de cooperación cuya justificación reside en la esencia de la producción y no en la forma de dominio. Por eso las estrategias de emancipación de André Gorz, que pretenden posibilitar una mayor autonomía individual en los diferentes sectores sociales, se asientan sobre todo en una reducción de la jornada laboral. Solamente mediante la reducción de las horas en el área del trabajo heterónomo se origina una mayor autonomía individual y no únicamente mediante la organización del trabajo. El principal problema de cara al futuro es, pues, la distribución del trabajo asalariado.

9. Otra cuestión de cara al futuro consiste en saber si se desea configurar todas las actividades comerciales como trabajo asalariado. A eso se refiere André Gorz cuando describe la subsiguiente socialización de esos espacios libres, privados, en los que el trabajo se ha prestado como actividad autónoma o trabajo particular. Hoy ya han surgido nuevas áreas de prestación de servicios con una clase de trabajador que se encuentra al servicio de otros trabajadores bien pagados y sobresaturados de trabajo. Se impone una división en actividades «superiores» e «inferiores», en lugar de repartir entre todas estas actividades mediante una reducción general de la jornada laboral. Esto último defiende yo. Pero en la actualidad reivindican los sindicatos también la socialización de sectores hasta ahora privados. Ya se verá en el futuro si el trabajo asalariado como principio general se extiende a muchos de los nuevos sectores de actividad y si se regula tanto jurídica como sindicalmente o si surgen nuevos espacios comerciales configurados autónomamente por los individuos.